



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Carlos Bosch García, amigo y maestro

Autor: Suárez Gaona, Enrique

Forma sugerida de citar: Suárez, E. (1994). Carlos Bosch García, amigo y maestro. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 249-250.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 45, (mayo - junio de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CARLOS BOSCH GARCÍA, AMIGO Y MAESTRO

Por *Enrique SUÁREZ GAONA*
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

MI EVOCACIÓN DE Carlos Bosch es opuesta, aunque no contradictoria, de la de —como él la llamaba— Esther: lo recuerdo primero como amigo y después como mi profesor.

Y la culpa de todo ello la tuvo un atentado contra la naturaleza, mínimo sin duda para algunos, pero atroz para Carlos y para mí: una tarde de principios de los años setenta, al llegar casi al mismo tiempo al estacionamiento de Filosofía y Letras, nos percatamos de que acababan de derribar la más hermosa jacaranda del lugar, en aras de hacer un cubo más para un auto.

Lo divertido del asunto es que, después de haber emitido las leperadas mexicanas de rigor, ambos nos dimos a la tarea de especular quién sería el primer cretino profesor que se estacionaría ahí sin darse cuenta del crimen. *Le* atinamos: desde entonces nos unió la tirria por todo o todos los que se lo merecieran (según nuestro criterio exclusivista, claro).

Pero si eso era fácil al hablar del entorno humano de la Facultad, las dificultades comenzaban al ponderar el mundo real: no es lo mismo coincidir sobre los santones autoerigidos en propietarios de la enseñanza de la historia, la filosofía o ambas, que discutir sobre los turbulentos años que nos ha tocado vivir hasta hoy. Y, para evitarlas, nos desviábamos a discutir cuestiones del arte, la historia y en sus últimos años —yo todo oídos—, de la vida. De ella con un gusto, una energía y una vitalidad envidiables. Permanecía siendo plenamente informal y serio.

Fue mi profesor en El Colegio de México, con una magnífica exposición sobre las relaciones de México con los Estados Unidos, desde nuestra Independencia hasta la guerra con ellos que mutiló nuestro territorio, como sostenía en su profundo, estricto y rotundo español. Su clase era un ejemplo de lo que puede ser una

cátedra basada en puros documentos, de lo que debe hacerse con un análisis científico, sin tener que escudar la ignorancia en el pie de página.

Yo descubrí la dimensión histórica del mar, no en sus clases, sino en sus apasionados y largos parlamentos. Compartí con Carlos, en mi ignorancia, el descuido en que se le tenía entre los estudiosos de nuestra historia. Descuido que intentó llenar con su proyecto —fallido, y no por él— de crear un museo del mar en México. Proyecto fallido que él compensó con dos cumplidos textos, el primero de ellos, *México frente al mar*, bellamente ilustrado por su propio arte pictórico y fotográfico.

Recuerdo sus últimos años. Después de su operación, se me hizo costumbre —de ninguna manera pedida por él— de esperarlo a las puertas de la Torre de Humanidades y Filosofía y Letras, para acompañarlo en su obligatoria caminata matinal. No se quejaba. Lo tomaba como algo natural. Lo genial era su charla, repito, un recuento vital lleno de vida: sus maestros, sus lecturas, sus aventuras como agente naviero en Panamá, lo que le significaba ser un mexicano nacido en Cataluña y, en el centro de todo, su amor y respeto y admiración intelectual por su padre, don Pere Bosch i Gimpera.

En este escrito a vuelapluma, me doy cuenta, apenas, que Carlos Bosch fue más mi maestro como amigo que en la formalidad de las aulas.